

Pecado en un contexto de honor y vergüenza: una aproximación de lectura e interpretación de Juan 8:1-11

Rafael Zaracho • Sede IBA • rafarut@gmail.com

Resumen

En este artículo mostraremos cómo los elementos culturales de la vergüenza y el honor pueden influenciar nuestra comprensión del pecado limitándola a una comprensión más externa y personal. Ofreceremos una aproximación de lectura e interpretación de Juan 8:1-11 teniendo en mente los elementos culturales de la vergüenza y el honor. Nuestra esperanza con esta lectura es la de ofrecer una comprensión más bíblica y contextual del pecado en el contexto de una cultura orientada a la vergüenza. Además, estas formas de acercamiento al texto (teniendo en mente estos elementos culturales) pueden enriquecer tanto nuestra lectura de las Escrituras como su posterior aplicación para nuestros contextos.

Palabras claves: Vergüenza, honor, hermenéutica, Juan

Abstract

In this article we will show how the cultural elements of shame and honor can influence our understanding of sin by limiting it to a more external and personal understanding. We will offer an approach to reading and interpreting John 8: 1-11 with the cultural elements of shame and honor in mind. Our hope with this reading is to offer a more biblical and contextual understanding of sin in the context of a shame-oriented culture. In addition, these ways of approaching the text (with these cultural elements in mind) can enrich both our reading of Scripture and its subsequent application to our contexts.

Key words: Shame, honor, hermeneutic, John

Introducción

Una persona nacida en el mundo mediterráneo del siglo I, ya sea extranjera o judía, se orientó desde su infancia a la búsqueda de honor y a evitar la vergüenza. Ser sensible al

reconocimiento público o reproche fue crucial. Así pues, el honor o el deshonor representaban una de las principales formas de control social. Ciertamente, los tipos de comportamientos que se estimaban honorables o vergonzosos varían entre las diferentes culturas y cambian con el tiempo (deSilva, 2000, págs. 519-520).¹ Imaginemos una escena cotidiana en una cultura orientada a la vergüenza con el fin de aclarar el tema. Una escena común en cualquier “incidente” en la calle es el temor de la opinión de los demás. Por lo tanto, si alguien está manejando una bicicleta y de pronto se cae, lo primero que la persona hace es comprobar quien está mirando. La vergüenza de la persona estará en relación directa con la presencia o ausencia de ciertas personas en el momento del incidente. De este modo, lo primero que hará la persona es comprobar quien está mirando y luego comprobará lo que le ha sucedido a ella y a su bicicleta. Sin embargo, es posible que la misma escena pueda tomar una manifestación diferente, la persona podría ponerse en pie, agarrar su bicicleta y actuar como si nada hubiera pasado. Tomando su bicicleta se alejaría unas pocas cuerdas del lugar y cuando esté fuera de la vista de quienes presenciaron el incidente, comprobará lo que le ha sucedido a ella y a su bicicleta. Esto es desde el lado del protagonista, pero ¿qué pasa en el lado de los testigos?

Por el lado del espectador, las personas tratarán de comunicar a la afectada que ellas no vieron lo que pasó, así cuando la protagonista esté mirando para ver quién está alrededor y quién está mirando, los espectadores van a mirar a otra dirección como si no estuvieran al tanto de lo que ha ocurrido.

Este ejemplo no sólo nos ayuda a entender la dinámica de la vergüenza, sino que también nos muestra algunos elementos que podrían ayudarnos a comprender mejor el papel que desempeña la vergüenza en una cultura basada en la vergüenza.

¹ A pesar de que la gente del primer siglo del mundo mediterráneo compartía una realidad común y un espacio-temporal similar existían distintos grupos (cultura helenística romana, el judaísmo, escuelas filosóficas, los cristianos) cuyos puntos de vista en relación a sus prioridades y definiciones (Ej. la piedad) fueron definidas de manera distinta. Véase D. A deSilva, “Honor and Shame,” en Craig A. Evans y Stanley E. Porter, *Dictionary of New Testament Background* (Downers Grove, IL: Inter Varsity Press, 2000), págs. 519-520.

El objetivo principal es presentar y apreciar cómo el elemento cultural de la vergüenza puede influenciar nuestra comprensión del pecado. Como ejemplo de posible lectura y acercamiento usaremos el texto bíblico de Juan 8:1-11 teniendo en mente los elementos culturales de la vergüenza y el honor. Nuestro deseo con este acercamiento y posibilidad de lectura es la de ofrecer una comprensión más bíblica y contextual del pecado en el contexto de una cultura orientada a la vergüenza. Ahora vamos a dar algunas definiciones y aclaraciones.

1. Definiciones básicas

1.1 El honor

El honor es el sentido de la autoestima y el reconocimiento de parte de nuestros pares o de parte de la sociedad de la que uno es parte y está basado en la capacidad de encarnar los valores de una sociedad. Comúnmente, el honor es algo que nos *atribuyen* y que está más allá de nuestro control, por ejemplo “el honor” de ser parte de una familia (de la realeza, militar, etc.) y era algo que uno recibía por medio del nacimiento. También puede ser algo que alcanzamos por medio de un logro o esfuerzo personal como por ejemplo el éxito académico o por medio de juegos atléticos, etc. En el mundo mediterráneo del primer siglo, el honor residía en el *propio nombre* (uno heredaba el nombre de su padre) y también en ciertas *funciones públicas*. El honor comúnmente se expresaba y se medía por las posesiones y que debían ser exhibidas por medio de banquetes, vestidos lujosos, casas, etc. El honor necesitaba ser afirmado por uno y reconocido por los otros, estas afirmaciones eran vulnerables al desafío. Estos desafíos exigían una respuesta adecuada o el honor podía ser perdido. Cuando el honor se perdía el resultado era la vergüenza. La vergüenza podía ser impuesta por aquellos que estaban en el poder (rey, magistrado, docente, padres, etc.) quienes podían declarar a alguien como sin honor. Además, la vergüenza podía ser el resultado por negarse a entrar en el juego de defender el honor (Neyrey, 1994, págs. 115-118).

1.2. La vergüenza.

La vergüenza es un sentimiento doloroso de quedar desprotegido, expuesto y vulnerable. Se puede hablar de tres tipos de vergüenza: 1) la *ansiedad de vergüenza* es el estado afectivo doloroso que se presenta antes de ciertos eventos (presentación oral, una importante reunión, etc.), 2) el *sentimiento de vergüenza*, es una reacción (afectiva y cognitiva) a algo que ya ha sucedido. Por último, 3) el *sentido de la vergüenza*, o la “vergüenza de protección” que por lo general está relacionado con un sentido del pudor, tacto, o la discreción y se refiere a la utilización de la vergüenza como una restricción de la conducta (Schneider, 1990, pág. 1160).

1.3. Vergüenza y culpa

Es importante ofrecer algunas diferencias entre la vergüenza y la culpa (Schneider, 1990, págs. 1160-1161, Green y Baker, 2000, págs. 155-158, Kraus, 1987, pág. 204ss, Alter, 1994, págs. 1-17). En primer lugar, las diferencias relacionadas con las *experiencias*. En este sentido, la vergüenza incluye la humillación, la timidez, el honor y el deshonor, la burla, etc.; por el contrario, la culpa implica la deuda, la trasgresión, la responsabilidad, culpabilidad, bueno o malo, etc. En segundo lugar, existen las diferencias relacionadas con las *dinámicas*. Así tenemos una *dinámica fuerte-débil* frente a una *dinámica de bueno-malo*. Ante la vergüenza una persona se percibe como “pequeñas” e insuficientes y la idea predominante es que uno es inútil como persona. Por otro lado, ante la culpa el sentimiento o la idea predominante es que uno se ha equivocado. La vergüenza, el primero, suele ser más profundas y de larga data que cualquier toma de conciencia, el segundo, de no ser bueno en términos de moralidad.

Tercero, las diferencias relacionadas a los *sentimientos*. En este sentido, la vergüenza está más conectada a los sentimientos que la culpa. Es decir, si una persona se *siente avergonzada*, esa persona *está avergonzada*. Por otra parte, uno puede ser culpable, sin sentirse culpable o uno puede sentirse culpable sin haber sido culpable. En cuarto lugar, las diferencias en relación con la

identidad. Así tenemos que la vergüenza implica todo el ser. Es decir, es la revelación de cómo soy, y tiene una fuerte conexión con la propia identidad (“perder la imagen”), por lo que es difícil distinguir entre “Cometí un error” y “Yo soy un error”. Por el contrario, la culpa es acerca de algo que se hizo o se dejó de hacer. Por último, quinto, las diferencias relacionadas con la *resolución*. Teniendo en mente que la vergüenza implica todo el ser, la *solución* es más compleja y el proceso es más largo (es decir, el perdón de uno mismo y de los otros).² La culpa, en cambio, se puede aliviar ya sea con una indemnización o con castigos basados en la infracción.

A pesar de las diferencias entre la vergüenza y la culpa que se mencionaron, es difícil establecer una clara distinción entre la vergüenza y la culpa, porque en muchos casos ambas pueden estar presentes en un solo acto. Por ejemplo, un solo acto puede ser tanto una trasgresión y un fracaso con la consiguiente superposición de la culpa y la vergüenza al mismo tiempo (Ej. infidelidad) (Gordon, 2002, pág. 236).

1.4. Vergüenza en las Escrituras

En las Escrituras, tenemos abundantes referencias a la vergüenza. Una búsqueda rápida en cualquiera de las concordancias bíblicas sobre el término vergüenza y sus derivados revela un número de más de cien veces entre el Antiguo Testamento (AT) y el Nuevo Testamento (NT).

En el AT,³ la vergüenza se relaciona con la deshonra, el ridículo, desnudo, la cara, etc. Se asocia con muchos pecados que van desde robos menores hasta la prostitución. La relación entre

² Para profundizar en esto ver Michael Lewis, *Shame: The Expose Self* (New York: Free Press, 1992), Helen M. Lyn, *On Shame and the Search for Identity* (New York: Harcourt, Brace, 1958) y Leon Wurmser, *The Mask of Shame* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1981).

³ Para un buen resumen sobre el tema ver “Vergüenza” pp. 1402-3 en *Nuevo Diccionario Bíblico* (Bs.As.: Ediciones Certeza, 1991). Para un pormenorizado desarrollo del concepto de vergüenza en el AT ver T. M. Lemos, “Shame and Mutilations of Enemies in the Hebrew Bible” en *Journal of Biblical Literature* 125, no. 2 (2006), págs. 225-241. Ver además las notas al pie 5 y 6 que proveen una extensa bibliografía en relación a la vergüenza desde las perspectivas antropológicas y bíblicas.

la vergüenza y el pecado es compleja. El pecado es considerado como algo vergonzoso y, al mismo tiempo la vergüenza es vista como una forma de castigo por el pecado. Relacionando el pecado con la vergüenza (y reconociendo que la vergüenza implica toda la persona) nos permiten ir más allá de la visión moralista del pecado de verlo solamente como un acto equivocado. En el AT, la vergüenza tiene una dimensión positiva,⁴ por lo tanto, la presencia de la vergüenza es un signo de esperanza llamando al arrepentimiento y a la redención. Sin embargo, su ausencia es un signo de depravación.

Aunque en el NT⁵ el término vergüenza es menos prominente y aparece con menos frecuencia, el contexto del NT se caracterizó por la búsqueda de honor y el evitar la vergüenza. De este modo, tanto la búsqueda de honor como el evitar la vergüenza fueron valores muy apreciados e importantes en esa época. En las últimas décadas con la introducción de nuevas metodologías en los estudios del NT, eruditos del NT han prestado considerable atención a las cosmovisiones del mundo mediterráneo⁶ en relación a la vergüenza y el honor.

Acomtinuación ofreceremos algunas ideas básicas acerca de nuestra condición humana.

⁴ En relación a los aspectos positivos de la vergüenza dentro del desarrollo psicológico ver Schneider, "Shame," pág. 1162 y Alter, *Resurrection*, pág. 11 ss.

⁵ Como ejemplos de análisis de textos de los evangelios con los lentes de honor y vergüenza ver Joseph H. Hellerman, "Challenging the authority of Jesus: Mark 11:27-33 and Mediterranean notions of honor and shame" *Journal of the Evangelical Theological Society* 43 no 2, (2000), págs. 213-228, ver además las notas al pie 1 y 2 que proveen una extensa bibliografía en relación al honor y la vergüenza en el NT; y Neyrey, "Despising the Shame."

⁶ Para una buena descripción de los elementos culturales ver Kenneth Bailey, *Poet & Peasant and Through Peasant Eyes* (Grand Rapids, Mich.: William B. Eerdmans Pub. Co., 1976); Bruce Malina, *The New Testament World* (Louisville, Ky.: Westminster/John Knox Press, 1993).

2. Nuestro problema: la alienación

2.1 Alienación

Las Escrituras presentan el problema básico de la humanidad como la alienación. El concepto de alienación resiste un enfoque reduccionista, como lo afirma Biddle, “El fenómeno del pecado, en la perspectiva bíblica, y el dilema del ser humano, como se ha analizado por los filósofos, científicos sociales y los poetas, abarcan una variedad de elementos que resiste la reducción⁷ a una dimensión” (Biddle, 2006, pág. 359). Nuestro *principal problema* se basa en una relación rota que nos hace pecar.⁸ Esta alienación no es un concepto abstracto, sino que se refiere a realidades concretas. Para hablar de la alienación necesariamente tenemos que hablar de sus consecuencias (Costas, 1982, pág. 21). Esta “relación rota” se expresa en todos los aspectos de nuestra vida: nuestra relación con nuestro Creador, nuestro prójimo, nuestro entorno y con nosotros mismos.

Nuestra alienación se expresa como incredulidad, desobediencia, injusticia, “queriendo ser más y en aparentar” (Baker, 2007a, pág.122ss.),⁹ creación de otros dioses, etc.

⁷ Para una interesante comparación entre Agustín y Camus en relación al mal ver. James K. A. Smith “How Augustine responded to the problem of evil without solving it” En *The Christian Century*, Oct. 9, 2019. Disponible en (<https://www.christiancentury.org/article/critical-essay/how-augustine-responded-problem-evil-without-solving-it>)

⁸ En relación al concepto de pecado ver Mark E. Biddle, *Missing the Mark: Sin and Its Consequences in Biblical Theology* (Nashville: Abingdon Press, 2005); R. P. Knierim, “On the Contours of Old Testament and Biblical Hamartiology,” en R. P. Knierim, *The Task of Old Testament Theology* (Grand Rapids: Eerdmans, 1995), pp. 416-67. Para un resumen del uso de pecado y sus consecuencias en el AT ver Claus Westerman “On Judgement and Mercy” págs. 210-21 en Ben C. Ollenburger ed., *Old Testament Theology* (Winona Lake, IN: Eisenbrauns, 2004), y en el NT ver Green y Baker, *Recovering*, págs. 201-9.

⁹ Para ejemplos más concretos y otras metáforas ver Mark D. Baker (2007b), “The Saving Significance of the Cross in a Honduran Barrio,” págs. 1-18 Disponible:

<https://profmarkbakerdotcom.files.wordpress.com/2015/04/fdcessayrevisedending2007-1.pdf>

Nuestra alienación ha tenido manifestaciones personales, comunitarias y estructurales. En otras palabras, el pecado ha penetrado cada aspecto de nuestra vida personal y social (Romanos 8: 22). En consecuencia, la *solución* o restauración necesariamente tiene que contemplar las consecuencias en los aspectos de la dimensión personal, comunitaria, estructural y ecológica de nuestra alienación.

2.2. Dios como un encuentro

Creemos que nuestro Dios es un Dios relacional. Además, nuestro Dios es un Dios dinámico que busca establecer una comunicación y relación con la humanidad. Podemos afirmar que Dios todavía está buscando personas dispuestas a entrar en un pacto solemne con Dios y unos con otros. En pocas palabras, Dios desea que vivamos como auténticos seres humanos como Dios nos creó para ser.

En los relatos bíblicos vemos que Dios ha estado *presente* desde la misma creación. Este Dios personal ha estado tomando muchos *pasos* y *creando espacios* para encontrarnos. Los relatos bíblicos nos hablan de la historia de un Dios que está presente y que tiene por objeto establecer un (re)encuentro con su creación. Este proceso continuo de revelación alcanza su clímax en Jesús. Se puede afirmar que en la *encarnación* (“encarne” o “se hizo carne”), Dios se hizo presente en forma tan completa que eclipsó todas las presencias que hemos tenido antes en los relatos bíblicos.

En la encarnación, el Dios invisible e intangible se ha hecho *visible* y *tangible* en Jesús. En Jesús, Dios ha hecho su presencia concreta (tangible), de esa forma *en Jesús* hemos visto, tocado, insultado y crucificado a Dios. La encarnación constituye la inmersión total de Dios en la historia de los conflictos y en la opresión de la humanidad. La encarnación es parte del proceso de la continua revelación de Dios. Dios ha estado revelándose desde su creación como un Dios de amor y cariño, y que está presente y es real en y por medio de su pueblo.

A través de la vida, la muerte y resurrección de Jesús podemos ver la solidaridad de Dios con la humanidad. Esta solidaridad llegó a su clímax en la cruz. La cruz revela nuestra separación de Dios, de los otros, de la creación y de nosotros mismos. Al mismo tiempo, la cruz es la expresión de la solidaridad de Dios con nosotros en nuestra alienación. Aún más, la cruz es la victoria de Dios sobre el pecado y la muerte por todos nosotros *en y por medio* de la resurrección de Jesús. En pocas palabras, Jesús es la misma presencia de Dios en la humanidad. Así, Dios nos encuentra (actúa, sufre y triunfa) *en y por medio de* Jesús.

Jesús por medio de sus palabras y acciones nos mostró cómo llegar a ser verdaderos hijos e hijas de Dios. A través de su relación con su Padre, Jesús nos mostró una relación de obediencia y dependencia que necesitamos imitar en nuestro andar diario. En el ejemplo de Jesús, vemos a un hombre que ha abierto por completo su vida a la influencia del Espíritu de Dios. Jesús es nuestro modelo de verdadera vida humana vivida en libertad y amor. En Jesús podemos encontrar tanto nuestro *sentido de vida* como nuestro *Salvador*.

En resumen, en la vida, muerte y resurrección de Jesús tenemos la *encarnación del mensaje salvífico de Dios*. En Jesús, tenemos también el modelo de un auténtico ser humano a imitar. A lo largo de toda su vida, podemos ver cómo Jesús se enfrentó tanto a las raíces del problema como a sus consecuencias. Su ejemplo y su ministerio son un testimonio de cómo *desenmascarar* las estructuras personales y sociales que promueven y perpetúan nuestra alienación. Además, Jesús sufrió y aceptó nuestra alienación y sus consecuencias a fin de que podamos vivir como auténticos seres humanos.

2.3. El pecado y la vergüenza

Como señalamos antes, la relación entre el pecado y la vergüenza es compleja. La vergüenza puede ser vista como una consecuencia o castigo por el pecado, “Que sean avergonzados los malvados” (Sal. 31: 17, 35: 4, 26; Rom. 1: 24). Por otra parte,

el pecado es considerado como algo vergonzoso. Génesis 3¹⁰ es el texto clásico¹¹ y por excelencia para explicar la dinámica del pecado. El pecado es presentado como un fenómeno complejo que ha torcido y pervertido nuestra relación con nuestro Creador, nuestro prójimo, nuestro entorno y con nosotros mismos. Así, la humanidad creada para la mutualidad y la reciprocidad ahora es caracterizada por el temor, el encubrir, el tratar de justificar su comportamiento y el culpar a otros.

La vergüenza de Adán y Eva no fue de su desnudez, ya que habían experimentado esta realidad ya antes de consumir la fruta, “el hombre y la mujer estaban desnudos, pero ninguno de los dos sentía vergüenza” (Gn. 2:25). En palabras de Biddle, “la vergüenza de la primera pareja ante la desnudez tipifica... la esencia de la vergüenza: molestias ante la exposición completa de uno como humano. Este malestar, un elemento de la experiencia... constituye la novedad” (Biddle, 2006, págs. 361-362). Esta lectura nos permite ver que consumieron la fruta como una expresión de desprecio a la idea de ser *simplemente* humanos.

La finitud, la vulnerabilidad y la interdependencia son cualidades humanas que tratamos de manera desesperada y poco efectiva de superar a través de máscaras, o en palabras de Alter, “Hemos inventado una obligación innecesaria de ser como Dios” (Alter, 200, pág. 17) tratando de trascender nuestra finitud.

Abrazando nuestra humanidad a través de la *kenosis* y la *encarnación*¹² son imágenes de gran alcance para comprometerse y aceptar nuestra finitud y dependencia. La *kenosis* comunica la idea de “vaciado” o “morir a” nuestra

¹⁰ Un excelente material en relación a este tema está en Biddle, *Missing the Mark*.

¹¹ Elmer Martens propone que tenemos un cuadro más completo del pecado y sus implicancias en el relato del becerro de oro en Éxodo 32. Para más detalles ver Martens *God's Design: A focus on Old Testament theology* (Grand Rapids, MI: Baker Book House) págs.53ss, 76.

¹² Para un buen desarrollo de estos conceptos ver Ernest D. Carrere, *Creating a Human World* (Scranton: University of Scranton Press, 2006) en especial el capítulo 9, págs. 149-165.

“obligación de ser como Dios”, y la *encarnación* es la aceptación de nuestra finitud. Podemos afirmar con Biddle, “Dios valora la auténtica humanidad lo suficiente como para crearla y afirmarla en la encarnación” (Biddle, 2006, pág. 368). Ser auténticos (o tener una “personalidad saludable” en el lenguaje de las ciencias sociales), será expresado por medio, en primer lugar, de tanto reconocer nuestras limitaciones como no dudar del valor fundamental del ser humano. En segundo lugar, se manifestará en celebrar y afirmar tanto nuestros logros como nuestro potencial, sin caer en la tentación de grandiosidad (Carrere, 2006, págs. 19-38, Biddle, 2006, págs. 363-365).

En el contexto de la finitud, la vulnerabilidad y la contingencia *es* fundamental extender la gracia y el perdón hacia uno mismo y hacia los otros. El perdón “crea [y es] el regalo de los comienzos” (Carrere, 2006, pág. 197) y “es esencial porque sin ella somos peligrosos” (Alter, 1994, pág. 17) para nosotros y para los demás, porque enmascaramos nuestra auténtica humanidad ocultándonos, pretendiendo y culpando.

En Jesús, Dios abrazó la humanidad en el sentido más pleno a través de la *kenosis* y la *encarnación* afirmando que no hay nada malo en ser *humano*, en ser hombres y mujeres que necesitamos de los otros. La vida, muerte y resurrección de Jesús confirman el sentido de la auténtica humanidad como Dios lo ha planeado desde su creación. Además, Jesús nos desenmascara y nos libera de nuestra imaginación esclavizada, como lo afirma Garret Green “los pecadores no son libres... no pueden imaginar cómo sería vivir en conformidad con la voluntad de Dios” (Green, 1989, págs. 88-89). Raymund Schwager expresa una idea similar, “Porque, mientras las personas están atrapadas en el pecado, sólo pueden percibir desde la perspectiva de sus propios mundos cerrados... Sólo después de la verdadera conversión su capacidad de ver las cosas se altera, y por tanto también su imagen de Dios” (Schwager, 1999, pág. 196). Además, toda la vida de Jesús nos da poder para vivir el sentido de nuestra verdadera humanidad en una honesta y realista imagen de los demás y de nosotros mismos.

En resumen, en palabras de Alter,

En Génesis 3 los seres humanos van más allá de sus límites en su deseo de estar en control... experimentan vergüenza sin provocación externa. La historia de Adán y Eva ilustra el miedo humano omnipresente a la exposición y a la humillación; sin instigación buscan ocultarse... El relato del Génesis da a la experiencia de la vergüenza un giro, ya que representa la resistencia humana a la finitud en sí, nuestro sentimiento profundo de vergüenza en ser criaturas limitadas (Alter, 1999, pág. 16).

3. El pecado en una cultura orientada a la vergüenza

En la siguiente sección, vamos a hacer algunas conexiones entre el concepto del pecado y el concepto de vergüenza en un contexto más concreto. Estas conexiones se refieren al contexto de América Latina que puede ser etiquetado como cultura orientada a la vergüenza. Sin embargo, América Latina no es como Japón, Japón¹³ representa un ejemplo *más puro* de una cultura basada en la vergüenza. América Latina en cambio, tiene una combinación de cultura orientada tanto a la vergüenza como a la culpa, aunque en general está muy orientada por elementos de honor y de vergüenza.

En América Latina, especialmente en las iglesias evangélicas, la vergüenza (y la culpa) ha tomado algunas direcciones y distorsiones especiales en base a combinaciones de factores sociales, políticos y religiosos. Entre los factores religiosos se pueden mencionar un fuerte mensaje individualista de la salvación, la religiosidad popular, una ética orientada hacia la dignidad personal y no tanto hacia el bienestar social, el moralismo, etc.¹⁴

¹³ Norman C. Kraus ofrece buena descripción de la vergüenza en Japón ver *Jesus Christ our Lord* (Scottsdale, Pa.: Herald Press, 1987).

¹⁴ Para mayores explicaciones sobre estos temas ver Costas, *Christ Outside*, p. 33ff; Marcos D. Baker, *¡Basta de Religión!: Cómo construir comunidades de gracia y perdón* (Bs. As.: Ediciones Kairós, 2005), p. 56 ff; Alfred Neufeld, *Contra la Sagrada Resignación* (Asunción, Paraguay: El Lector, 2006), p. 139;

En una sociedad orientada a la vergüenza, la vergüenza es un importante elemento y un regulador de la conducta moral. En general, en los contextos evangélicos la mayoría de las personas se sienten muy preocupadas por lo que el otro va a pensar *si descubren* lo que él está haciendo ya sea esto o aquello. La vergüenza es asociada con *la exposición del acto ante los demás*. De manera sencilla, la idea es que ‘algo está mal’ cuando los demás descubren lo que uno está haciendo. Al mismo tiempo, la vergüenza se expresa por medio de ser conscientes de la acción o por tomar conciencia de las propias debilidades, sin embargo, esto es algo secundario. El sentido es que lo peor no es el acto en sí, sino la *exposición* de la acción ante los demás. Por lo tanto, siempre y cuando se pueda ‘ocultar’ el acto, no será una cuestión de vergüenza.¹⁵ En este enfoque, el mensaje sutil pareciera ser, “si usted puede hacerlo sin que nadie lo descubra, hágalo.”

En este contexto, la moral es eminentemente externa y superficial. La vergüenza y lo vergonzoso se definen por sobre todo por la *exposición pública* de las ‘malas’ acciones. Así, la mayoría de la gente estará más preocupada por la opinión de los demás, y el temor de ‘perder la imagen’ que en la ‘mala’ acción en sí y sus consecuencias.

En estas culturas el pecado es fácilmente asociado y moldeado por la vergüenza. Por lo tanto, en la mayoría de las iglesias evangélicas esta característica cultural de la vergüenza ha estado tomando dos manifestaciones. Por un lado, se ha expresado en el moralismo. El moralismo se expresa como un elemento necesario para evitar la vergüenza. El crear y seguir las reglas se han convertido en necesario e importantes elementos reguladores en muchas de las comunidades evangélicas. Estas normas establecen claras y definidas reglas que indican que ‘hacer’ y que ‘no hacer’ las cuales están destinadas para evitar la

Pablo Deiros, *Historia del Cristianismo en América Latina* (Buenos Aires: FTL, 1992); y Pablo Deiros, *El Protestantismo en América Latina* (Miami: Caribe, 1997).

¹⁵ Para unas ideas interesantes en cómo relacionar el mensaje salvador de Cristo en un contexto de vergüenza ver Green and Baker, *Recovering the Scandal*, págs. 153-70.

vergüenza. El mensaje es claro, si desean evitar la vergüenza sigan las reglas. Esta situación promueve un estilo de vida orientada a lo externo y superficial y, al mismo tiempo, *categoriza* determinadas acciones como algo más ‘pecaminoso’ que otras. Por ejemplo, acciones ‘externas’ o fáciles de notar (tomar bebidas alcohólicas, fumar, etc.) son vistas como más pecaminosas que las que son las ‘internas’ (la codicia, la envidia, etc.).

Por otro lado, como vimos en el ejemplo de la bicicleta el papel de vergüenza o la intención de evitar la vergüenza es central. Las acciones tanto del protagonista como de los espectadores tienen por objeto evitar la vergüenza. Por lo tanto, mirar a otro lado o no mirar directamente la escena de un accidente es con la intención de evitar más vergüenza para el protagonista, o para reducir su vergüenza. En el contexto de la iglesia, esta experiencia podría ser expresada a través de la falta de compromiso o por medio de la actitud evasiva de confrontar a nuestros hermanos y hermanas cuando nos damos cuenta del algún pecado. Esta actitud ha promovido el compromiso superficial hacia los hermanos y hermanas. En este contexto, la responsabilidad mutua es un elemento esencial.

4. Jesús y nuestra vergüenza: una aproximación a Juan 8:1-11

Uno pudiera sugerir que los elementos de la vergüenza y el honor están presentes en la mayoría de las confrontaciones públicas de Jesús. En términos generales, podemos sugerir que Jesús respetó y valoró la cosmovisión de su época en relación al honor y la vergüenza. Sin embargo, al mismo tiempo, Jesús enfrentó y cambió los ‘valores’ de estos conceptos. Cuando estos valores están afectados por el pecado,¹⁶ la gente puede llegar a ser egoísta, despiadada y a veces desesperada en sus acciones con el fin de evitar la vergüenza. Esto puede dar como resultado el hecho de trasladar la culpa a los demás como una ‘respuesta

¹⁶ Como lo afirma el informe de Willowbank en relación al evangelio y la Cultura. Documento disponible en <https://www.lausanne.org/content/lop/lop-2>

natural' cuando el honor de una persona se ve amenazado. Tenemos que reconocer que nuestra alienación ha distorsionado estos elementos culturales y hemos excluido y marginado a las personas en nuestro intento de *enmascarar* nuestra vulnerabilidad, finitud e interdependencia. Por lo tanto, la vergüenza conduce a la alienación, pero al mismo tiempo la alienación lleva a la vergüenza. Recordemos que tanto la vergüenza como la culpa son elementos de las cosmovisiones que informan y orientan la forma en que una sociedad funciona. Una pregunta crucial en este sentido es ¿Cómo Jesús usó y confrontó estos elementos culturales? Ahora vamos a mirar más de cerca a estos elementos comunes en base un pasaje bíblico.

Echemos un vistazo a un pasaje bíblico con el fin de presentar las respuestas de Jesús al pecado en una cultura orientada a la vergüenza. En Juan 8:1-11 vemos que los maestros de la ley trajeron ante Jesús a una mujer que había sido sorprendida en adulterio. Los acusadores querían humillar a la mujer y poner una trampa a Jesús. El hombre, que también había cometido adulterio, no fue llevado para ser juzgado (por lo general era visto como la culpa de la mujer). Ellos trajeron a la mujer en público y estaban listos para apedrearla. No hace falta demasiada imaginación para 'sentir' la presencia de la vergüenza, culpa y condenación en esta situación. Este es un texto rico, pero no es posible explorar todos los aspectos involucrados en esta escena. Sin embargo, queremos destacar algunos elementos que son relevantes para nuestro tema.

En primer lugar, Jesús enfatizó el *amor sobre la justicia*. Las acciones de los fariseos pueden ser fácilmente interpretadas como un acto de *justicia* y con la buena intención de promover y perpetuar la 'norma moral' de los integrantes de la comunidad. Ellos trajeron a la mujer en el medio de la multitud para presentarla como un 'mal ejemplo.' De acuerdo con la Ley de Moisés, tenían derecho a apedrearla. Además, el acto de traerla puede interpretarse como un acto de justicia. Sin embargo, Jesús se muestra más interesado en la reconciliación basada en la compasión y el amor en lugar de hacer 'justicia' basada en una norma moral.

Es interesante que Jesús no haya mencionado ni se haya quejado por la ausencia del ‘compañero del adulterio’. Queremos sugerir al menos dos razones de esta omisión. *En primer lugar*, para Jesús es más importante hacer hincapié en el amor y la reconciliación en lugar de la humillación. El hablar de la ausencia del ‘compañero del adulterio’ mostraría la incongruencia del caso y causaría la humillación y deshonra de los fariseos, y esto conduciría a un debate sobre la ‘justicia del caso’. Lo justo en el caso particular de esta situación sería apedrear tanto al hombre como a la mujer. *En segundo lugar*, el hablar sobre el ‘compañero del adulterio’ en la presencia de la mujer añadiría más vergüenza, pero Jesús estaba más interesado en restaurar la dignidad de la mujer en lugar de hacer ‘justicia’ basada en un estándar moral de la época.

En segundo lugar, Jesús fue *sensible con los elementos de honor y de vergüenza* del contexto. Podemos imaginarnos que la mujer estaba sentada en el suelo con la cara hacia abajo. Jesús se “inclinó”. Este gesto podría comunicar la indignación ante el hecho, pero también podría ser para estar al mismo nivel de la mujer y de esta forma Jesús compartió su posición de humillación y vergüenza.

Aún más, es interesante que cuando Jesús *respondió* a la pregunta de los fariseos él “se incorporó” y después se inclinó de nuevo. Queremos sugerir al menos dos razones para estos gestos. Por un lado, se podría sugerir que Jesús estaba demostrando que la “posición” o la actitud para tratar a nuestros hermanos y hermanas avergonzadas es desde “abajo” y no desde “arriba”. Este acusar desde ‘arriba’ uno pudiera imaginar es la realizada desde la ‘justicia propia’ y sin tener como prioridad la restauración del otro. Ciertamente a la hora de responder a los fariseos, Jesús “se eleva” figurativamente al nivel de ellos como una forma de confrontarlos. Por otro lado, podemos sugerir que Jesús también fue sensible con la vergüenza de los fariseos. Jesús pudiera haber permanecido en pie después de responder a los fariseos y estar con una mirada acusativa hacia ellos mientras esperaba que dejen la escena. Esto con mucha probabilidad aumentaría la vergüenza de los fariseos quienes se retiraban un

por uno de la escena. Sin embargo, Jesús después de responder se agachó de nuevo y esperó que todos ellos abandonaran el lugar, posiblemente, para evitar causarles más vergüenza.

En tercer lugar, Jesús *desafía ambos lados del problema*. Como es habitual en la mayoría de las respuestas públicas de Jesús, él desafió ambas partes del problema. Por un lado, confronta y desafía a los que creen que tienen el derecho a ‘juzgar’ y a condenar sin tener en cuenta la condición humana, ni la base del perdón y la restauración. Por otro lado, desafía a la mujer a dejar su vida de pecado.

En cuarto lugar, Jesús está *interesado en la restauración*, es decir el perdón de uno mismo y a los otros. Llamativamente Jesús hizo las preguntas a la mujer desde la “posición” que fue usada por los “acusadores”. El texto dice “se incorporó y le preguntó” v. 10, pero Jesús buscó algo muy distinto que los acusadores. Jesús buscó la restauración en lugar de condenación. Las preguntas de Jesús tenían el objetivo de que la mujer *tome conciencia de la situación*. El texto nos dice que sólo Jesús y la mujer estaban y uno se pudiera imaginar que tanto Jesús como la mujer se dieron cuenta que los fariseos abandonaron la escena. Entonces, por qué Jesús pregunta “¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó?” Estas preguntas tienen el objetivo de evaluar la presencia o ausencia del perdón hacia los demás y hacia uno mismo. El hecho de que “los acusadores” hayan dejado la escena no trae automáticamente el perdón hacia uno mismo ni hacia los acusadores. La respuesta inicial de la mujer “ninguno” podría comunicar el primer paso hacia la restauración. La restauración (del sentido del valor propio, la autoestima, la dignidad, etc.) es un elemento esencial en una cultura orientada a la vergüenza y estas preguntas son cruciales, ya que ofrecen la oportunidad de iniciar el proceso de sanidad y perdón hacia uno mismo y hacia los otros.

En quinto lugar, Jesús está interesado en la *reconciliación* y nos invita a transitar el camino del discipulado. Después de afirmar Jesús su postura a la mujer de “Ni yo te condeno” le invita a caminar el camino del discipulado. La frase

“vete y no peques más” es un poderoso mensaje que comunica caminar, transición, proceso y reconciliación. Además, es una invitación a restaurar las relaciones anteriores ya sea con los vecinos, familiares, cónyuge, etc. Es decir, a volver del camino equivocado y a iniciar o retomar el camino del discipulado. Esta frase es para cada uno de nosotros en nuestro caminar diario que como una comunidad de fe tratamos de seguir los pasos de Jesús.¹⁷ Además, es una invitación a crear espacios de reconciliación basados en el amor, la compasión y el perdón. Una pregunta urgente en este contexto es ¿Cómo podemos ayudar a nuestros hermanos y hermanas a vivir como un auténtico ser humano en contextos distorsionados por la vergüenza y la culpa?

5. El pecado y la vergüenza: algunas implicancias

Vamos a proponer brevemente algunas implicancias de la vergüenza y el pecado en el contexto de una cultura orientada a la vergüenza. En primer lugar, la necesidad de *reconocer nuestra humanidad*. Un problema común en nuestra sociedad es la lucha con los sentimientos de vergüenza e inadecuación, tenemos miedo que los demás puedan descubrir lo que realmente somos. Sin embargo, Dios a través de la *encarnación, kenosis* y la resurrección *ha abrazado* nuestra humanidad. La crucifixión revela a un Dios que está dispuesto a ser vulnerable, quien eligió soportar el dolor de la vergüenza y el rechazo. La crucifixión romana fue explícitamente diseñada para avergonzar a sus víctimas. Por medio de la cruz, Dios *nos encuentra* en nuestra vergüenza y en Jesús encontramos a alguien quien entró en nuestra vergüenza y experimentó sus influencias destructivas, y por medio de su resurrección triunfó sobre el poder de la vergüenza.

¹⁷ Uno pudiera hacer un análisis similar de otras narraciones de los evangelios como la de Zaqueo, el publicano que estaban entre las personas más impopulares en Israel; la mujer samaritana, “la mujer con flujo de sangre”, etc. que eran personas avergonzadas. En estos ejemplos del evangelio, las acciones de Jesús estaban motivadas por el amor y el deseo de la reconciliación y en donde Jesús enseñó el perdón en lugar de la condenación.

Además, en muchos casos nuestra vergüenza, o nuestro temor a ser descubiertos nos ha impedido a aceptar nuestra humanidad. Aún más, la vergüenza en muchos casos puede impedirnos el reconocer la presencia de Cristo en los hermanos, en el mundo y en nosotros mismos. Ser honestos acerca de lo que somos (con uno mismo y con los otros) no es una tarea fácil, sino que es un llamado sobre la importancia y necesidad de fomentar ‘lugares seguros’ o *espacios seguros* donde podamos compartir y ‘des-cubrir’ nuestra vida, nuestro dolor y nuestras necesidades. En este contexto, necesitamos proclamar que somos aceptados y “amados” (1 Juan 3:1-2) por gracia. La vida, ministerio y la resurrección de Jesús nos dan tanto el ejemplo como el poder para vivir nuestra humanidad con una imagen y con las expectativas realistas de los demás y de nosotros mismos. Jesús desenmascara y nos libera de nuestra esclavizada imaginación para ver las verdaderas caras de los poderes. Por consiguiente, Jesús nos da el poder para *ser y dejar que otros sean* auténticos seres humanos. Por último, Jesús nos invita a desenmascarar los poderes personales y estructurales que nos impiden vivir como auténticos seres humanos con Dios, con la creación, con los otros y con nosotros mismos.

En segundo lugar, la necesidad de *extender la gracia y el perdón*. Tanto la gracia como el perdón son esenciales en nuestras comunidades de fe ya sean que estas estén orientadas a la vergüenza, a la culpa o a combinaciones de ellas. La resurrección es nuestra esperanza y a la vez es un llamado a proclamar a toda persona avergonzada, oprimida, desesperada y temerosa: ¡*Cristo ha resucitado!*

A través de la resurrección, podemos empezar a vivir y a proclamar el poder salvador de Jesús que nos abre la oportunidad y posibilidad de vivir de manera diferente. Dios, quien abrazó nuestra humanidad por medio de la vida, la muerte y resurrección de Jesús, nos da el poder para vivir como auténticos seres humanos con Dios, los demás y nosotros mismos. Además, a través del resucitado podemos extender la gracia que marca el *inicio de nuestra sanidad*. La gracia es el don de ser aceptado

antes de ser aceptables. La gracia triunfa sobre la vergüenza al aceptarnos sin limitaciones.

En tercer lugar, la necesidad de *promover una comunidad con responsabilidad mutua*. Cada vez más es imperiosa la necesidad que nuestras comunidades de fe reconozcan el factor de la vergüenza (o la culpa o la combinación de ambos). Aún más, que estas comunidades sean conocidas por un profundo respeto por la dignidad de los hermanos y las hermanas basado en el amor. En el ejemplo de Jesús basado en Juan 8:1-11 tenemos un modelo de confrontación que es sensible con el elemento cultural de la vergüenza. En este modelo de confrontación, la prioridad es la reconciliación, la restauración y el perdón. En este modelo no se utilizan a la gente como ‘chivos expiatorios’ o ‘malos ejemplos’ a fin de promover y perpetuar el *statu quo* y la ‘reputación’ de la comunidad o congregación. Esta comunidad no busca causar más vergüenza, sino que trata de aliviarla y ofrecer oportunidades para restablecer las relaciones anteriores en el camino del seguimiento a Jesús. En esta comunidad, los integrantes y líderes tratan de vivir y promover el principio bíblico que “el amor cubre multitud de pecados” (1 Pe. 4:8) evitando chismes y divulgación de informaciones sobre eventos pasados de personas y familias que no ayuden al crecimiento y fortalecimiento de la comunidad de fe.

Nuestra vida en comunidad exige un costoso y responsable caminar juntos en la ruta del discipulado. Al caminar el camino del discipulado se nos instruye para recuperar al ‘pecador’ con amor y humildad. La confrontación es a menudo ‘dolorosa’, pero sabemos que es para nuestro crecimiento personal y comunitario. Somos conscientes que parte de nuestra vida y caminar como comunidad incluyen algunos éxitos, algunos fracasos y muchas ‘desviaciones’ (equivocaciones) en el camino del discipulado. En esta tensión, tenemos que animarnos unos a otros en la responsabilidad mutua que es moldeada por el amor, el respeto y la compasión.

Conclusión

Nuestro propósito fue demostrar que la vergüenza ha moldeado en gran parte nuestra comprensión del pecado y lo ha limitado a un entendimiento más externo y personal. En este contexto, el evitar el pecado se asoció como una manera de evitar la vergüenza. Por lo tanto, la principal preocupación cuando alguien comete un pecado es que los demás puedan notarlo y no precisamente de que es algo en contra de Dios, los otros, la creación, o contra la persona misma. En esta situación, el pecado se asoció, casi exclusivamente, con las acciones externas o visibles.

Hemos sugerido la importancia de definir el pecado como una alienación y que se expresa en nuestra relación con Dios, los otros, la creación y nosotros mismos. Además, la vergüenza y el honor son elementos culturales que han sido distorsionados por el pecado y, en consecuencia, necesitamos una lectura cuidadosa de nuestro contexto particular con el fin de ser sensibles para adoptarlos o confrontarlos. Vemos en Jesús la respuesta de Dios a nuestra alienación y sus manifestaciones. Jesús es nuestro modelo de un auténtico humano a imitar. Jesús quien conoce y ha experimentado la vergüenza nos ofrece un ejemplo para fomentar la restauración en lugar de la condenación.

Jesús nos mostró cómo Dios quiere que la vida sea vivida. La vida de Jesús o su capacidad de amar, comunicarse, pensar y adorar son un modelo para nosotros de lo que significa ser *humano*. Jesús es nuestro primordial modelo de la vida humana vivida en libertad y en amor. Por lo tanto, en Jesús podemos encontrar tanto el significado de ser un auténtico humano como nuestro Redentor.

Por último, basados en nuestra realidad humana, los elementos culturales y el modelo de confrontación de Jesús, toda aproximación al pecado en una cultura orientada a la vergüenza necesita ser llevada a cabo en el contexto de una comunidad de fe que reconozca nuestra realidad humana como incompleta, imperfecta, en progreso y en construcción. La gente en este tipo

de comunidad puede vivir de manera diferente debido a que el Resucitado les da poder y les asegura la presencia de Dios, y les provee esperanzas de transformación en esta vida y en el futuro.

Bibliografía

- Alter, M. (1994). *Resurrection Psychology*. Chicago, IL: Loyola University Press.
- Bailey, K. (1976). *Poet & Peasant and Through Peasant Eyes*. Grand Rapids, Mich.: William B. Eerdmans Pub. Co.
- Biddle, M. E. (2006). "Genesis 3: Sin, Shame and Self-Esteem" en *Review and Expositor* 103, Spr.
- Biddle, M. E. (2005). *Missing the Mark: Sin and Its Consequences in Biblical Theology*. Nashville: Abingdon Press.
- Baker, M. D. (2005) *¡Basta de Religión!: Cómo construir comunidades de gracia y perdón*. Bs. As.: Ediciones Kairós.
- Baker, M. D. ed. (2007a). *Proclaiming the Scandal of the Cross*. Grand Rapids, MI: Baker Academic.
- Baker, M. D. (2007b). "The Saving Significance of the Cross in a Honduran Barrio," pp. 1-17 Disponible: <https://profmarkbakerdotcom.files.wordpress.com/2015/04/fd-essayrevisedending2007-1.pdf>
- Carrere, E. D. (2006). *Creating a Human World*. Scranton: University of Scranton Press.
- Costas, O. E. (1982). *Christ Outside the Gate*. Maryknoll, N.Y.: Orbis Books.
- Deiros, P. (1992). *Historia del Cristianismo en América Latina*. Buenos Aires: FTL.
- Deiros, P. (1997). *El Protestantismo en América Latina*. Miami: Caribe.
- deSilva, D. A. (2000). "Honor and Shame," en Craig A. Evans y Stanley E. Porter, *Dictionary of New Testament Background*. Downers Grove, IL: Inter Varsity Press.
- Gordon, H. "Shame". (2002) en Wesley Carr, ed. *The New Dictionary of Pastoral Studies*. Grand Rapids, Mich.: William B. Eerdmans.
- Green, J. B. y Mark D. Baker (2000). *Recovering the Scandal of the Cross*. Downers Grove, IL: Inter Varsity Press.
- Green, G. (1989). *Imagining God*. New York, NY: Harper & Row Publishers.
- Hellerman, J. H. (2000) "Challenging the authority of Jesus: Mark 11:27-33 and Mediterranean notions of honor and shame" *Journal of the Evangelical Theological Society* 43 no 2.

- Knierim, R. P. (1995). "On the Contours of Old Testament and Biblical Hamartiology," en R. P. Knierim, *The Task of Old Testament Theology*. Grand Rapids: Eerdmans,
- Kraus, N.C. (1987). *Jesus Christ our Lord*. Scottsdale, Pa.: Herald Press.
- Lemos, T. M. (2006). "Shame and Mutilations of Enemies in the Hebrew Bible" en *Journal of Biblical Literature* 125, no. 2.
- Lewis, M. (1992). *Shame: The Expose Self*. New York: Free Press.
- Lyn, H. M. (1958). *On Shame and the Search for Identity*. New York: Harcourt, Brace.
- Malina, B.(1993). *The New Testament World*. Louisville, Ky.: Westminster/John Knox Press.
- Martens, E. (2005). *God's Design: A focus on Old Testament theology*. Grand Rapids, MI: Baker Book House.
- Nuevo Diccionario Bíblico*. (1991). Bs.As.: Ediciones Certeza.
- Neufeld, A. (2006). *Contra la Sagrada Resignación*. Asunción, Paraguay: El Lector.
- Neyrey, J. H. (1994). "Despising the Shame of the Cross: Honor and Shame in the Johannine Passion Narrative," en *Semeia* no 68.
- Smith, J. K. A. (2019). "How Augustine responded to the problem of evil without solving it" En *The Christian Century*, Oct. 9, Disponible en (<https://www.christiancentury.org/article/critical-essay/how-augustine-responded-problem-evil-without-solving-it>)
- Schneider, C. D. (1990). "Shame" en Rodney J. Hunter, *Dictionary of Pastoral Care and Counseling*. Nashville, TN: Abingdon Press,
- Schwager, R. (1999). *Jesus in the Drama of Salvation*. (Transl. por James G. Williams and Paul Haddon). New York: Crossroad Pub.
- Westerman, C. (2004). "On Judgement and Mercy" págs. 210-21 en Ben C. Ollenburger ed., *Old Testament Theology*. Winona Lake, IN: Eisenbrauns.
- Wurmser, L. (1981). *The Mask of Shame*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Autor

Rafael Zaracho es profesor en el Instituto Bíblico Asunción. Tiene Licenciatura en Teología (IBA, Asunción), Maestría en Teología (Fresno, EE. UU) y un Doctorado (Ph.D) en Teología (St. Andrews University, Reino Unido). Actualmente dirige *Marturía* un centro de investigación. Rafael y Rut tienen dos hijos pequeños, Sofía y Sebastián, y son miembros de la iglesia Cristiana de la Paz (Hermanos Menonitas).